

una vez más jentre tantas! el poderío incontrastable, la magia seductora, la fuerza inmensa, la victoriosa soberanía del pasado, al cual pertenece parte de nuestro entendimiento, casi todo nuestro corazón y toda nuestra fantasía.

CARTA XXII

UNAS AGUAS ELEGANTES

Karlsbad, Septiembre 20.

PUEDO asegurar que no fue el *quid* de la elegancia lo que me condujo á ellas, pues yo me encontraba bien hallada con mi estación balnearia de Mondariz, allá en la tierra, entre frescos castaños y oscuros pinos. Aquellas termas gallegas no tienen que envidiar nada á las mejorcitas del extranjero, en cuanto á eficacia, virtud y santidad; y por lo que toca á *confort*, ó sea regalo y buen hospedaje, espero que cada día han de ir mejorando y adquiriendo lo que les falta, con lo cual quedarán hechas un primor, en ayudando el arte á la naturaleza. (1)

Pero mi condición errática y vagabunda, y la necesidad de pasar en Francia el otoño, me determinaron á esta humorada de echar el paso

(1) Ya puede hoy competir con cualquier balneario el de Mondariz por su espléndido Hotel.—(N. de la A.)

largo y extenderme hasta Alemania y Bohemia, recorriendo nuevos países y contemplando nueva gente, cosa que, sin más añadidura, ya basta para distraer el espíritu y bañarlo en deleitable serenidad. Con razón ha dicho el viejo poeta francés:

«Voir, c'est avoir: vie errante
est chose enivrante.....»

Desde que penetra la locomotora en territorio austriaco, el paisaje cambia enteramente de fisonomía. Entre Baviera y Bohemia las fronteras no son línea ideal trazada por el frío dedo del interés político, sino división impuesta por la naturaleza que, pacífica y frondosa en los valles del país bávaro, á partir de Eger frunce el ceño, plutónica y salvaje. Todo se vuelve gargantas y desfiladeros que encierran la vía férrea y parecen acceder de mala gana al paso del tren: las montañas que no viste el abeto son escuetas y descarnadas; las mismas coníferas tienen un matiz más sombrío; el agua corre por las laderas con impetu furioso. En lontananza, la última nieve, dispuesta á empalmar con la primera, que no tardará muchos días en caer, brilla sobre inaccesibles picos basálticos.

* * *

La impresión de que nos sumergimos en las entrañas de la tierra, que se experimenta al penetrar en país bohemio, crece en cuanto llegamos á Karlsbad, que es un embudo; el fondo de

estrecho y sinuoso valle. El río Tepel parte en dos valle y ciudad. Todo concurre allí para la frescura y salubridad del clima; á fines de Septiembre, la tal frescura se asemeja bastante al frío riguroso. Los karlsbadenses afirman (¿y cómo no?) que ni la peste negra de la Edad Media, ni el cólera de nuestro siglo, les pudieron meter el diente nunca.

A modo de arrugas en la cara de una abuela, cortan el valle de Karlsbad dos grietas hondas, producto de algunas sacudidas volcánicas, que atarazando y haciendo añicos las enormes rocas primitivas de *gneis*, abrieron camino á los manantiales calientes. Tal es la angostura del valle, donde apenas queda sitio para el cauce del Tepel, que las casas del pueblo tienen que apiñarse medio suspendidas sobre el río, ó trepar penosamente por las laderas de la montaña agazapadas en alguno de los escasos rellanos que presenta. Así es que Karlsbad ofrece la traza de lo que llamamos aquí *un nacimiento*. Ya se comprenderá, sin que yo lo diga, que en el fondo de aquella garganta salvaje del Noroeste de la Bohemia no viven más que hosteleros: toda casa es de huéspedes en Karlsbad. Cuando yo pasaba por la calle con mi vaso en la mano, camino de la fuente, salían á las puertas para ofrecerme hospedaje. La estación se acababa, y la caza del viajero se reerudecía.

*
*
*

Los nombres de las calles dan idea de lo que pudo ser en sus comienzos tan singular ciudad. Donde subsiste una *calle del Salto del Ciervo* y una *calle del Baño del Molino*, ¿qué habría más que chozas de pastores ó de cazadores monteses, hasta que los alifafes y dolamas de la humanidad llevaron allí á los enfermos distinguidos de Europa á convertir el Tepel en Pactolo?

Murmura la leyenda que allá en el siglo XIV, el rey á quien los bohemios llaman todavía *padre de la patria*, Carlos IV, hubo de internarse por las orillas del Tepel en seguimiento de un ciervo. De repente el acosado animal, que corría á refugiarse en el agua, lanzó bramidos de agonía. Acercáronse los cazadores y vieron al ciervo medio cocido ya: se había caído en el hervidero, el hoy célebre *Sprudel*. El médico de cámara, al reconocer el maravilloso chorro, aconsejó á Carlos IV que se bañase en él para curar sus males: así lo hizo el monarca, y como las nuevas aguas le procurasen la salud, fundó allí una ciudad y le impuso el nombre de Karlsbad (baño de Carlos).

Baños debían llamarse por entonces, pues no eran otra cosa: hasta el siglo pasado no se generalizó la costumbre de beber las aguas. Los que tenemos afición á la medicina nos divertimos mucho observando las radicales variaciones que ha sufrido esta ciencia, y lo poco que armonizan las ideas médicas de hogano con las de antaño. Este género de estudio conduce al escepticismo. ¿Es posible que el tratamiento

actual de Karlsbad combatía las mismas enfermedades que combatía el método de los siglos XVI y XVII?

Entonces no se bebía, repito, ni una gota de agua mineral. Verificábase la cura por absorción: baño solo, un baño que duraba *once horas diarias*. Tenía por objeto tal remojo ablandar la piel y producir en ella grietas, por las cuales fluyese el *humor pecante* y purgase la sangre sus *inmundicias*. Yo imagino que en aquellos tiempos los médicos trataban el cuerpo humano á manera de alcantarilla ó albañal, idea muy conforme con las que profesan esos médicos del alma que llamamos místicos. El caso es que la curación en Karlsbad se terminaba aplicando cataplasmas para curar las grietas de la piel. ¿En qué estado de debilidad se quedarían las víctimas de once horas diarias de baño caliente y carbonatado-sódico? Habría que recogerlas con cuchara.

Las dudas y el escepticismo consabido vuelven á asaltarme cuando leo una poesía latina que se enseña en Karlsbad, grabada en letras de oro sobre mármol negro, y fechada en los primeros años del siglo XVI. Allí se le dicen al chorro caliente los mismos requiebros que hoy se le dirían, afirmando que presta vigor al anciano, colores á la pálida vírgen y días felices á todos. ¿Será que las curaciones termales dependen sólo del régimen y del aire que se respira? ¿Calificaremos de pura broma las prescripciones terapéuticas modernas?

Una revolución total se ha verificado en

achaque de hidroterapia. El baño largo y caliente apenas se usa, no siendo en los casos de litiasis ó mal de piedra, y siempre con mucho tino para evitar las congestiones y vértigos. Empléase el tibio y moderado, que estimula la función de la piel y coopera al efecto de las aguas. Estas son la base del tratamiento. Cada agüista bebe del manantial que mejor le cuadra, ó que el médico le ha señalado. Todas las fuentes de Karlsbad, químicamente hablando, son idénticas, como que proceden del inmenso depósito de agua hirviendo que forma el cráter del volcán y el fondo del valle. Varía mucho su temperatura, según las detenga más ó menos la operación de filtrarse por el granito. Si hallan expedita la vía para saltar á la superficie de la tierra, entonces vienen ardiendo y humeando, como el prodigioso chorro del Sprudel.

* * *

A las márgenes del Tepel afluyen enfermos de las cinco partes del mundo, divididos en las dos categorías de *amarillos* y *colorados*, en que los separan los naturales de Karlsbad. Los *amarillos* son los amojamados brasileños, los norteamericanos dañados de ictericia, los ingleses rabiando de *esplín*; los *colorados*, los diabéticos alemanes, amigos de la cerveza, el jamón de Vestfalia y la *chucruta*; los franceses golosos y sensuales, la gente alegre que saborea la vida.

Abundan también las señoras atacadas de precoz obesidad, á quienes se les vuelve grasa todo cuanto comen, y para quienes la operación de ceñir el corsé es un suplicio. Vienen las tales con aquella decisión heroica que manifiesta la mujer cuando tocan á defenderse del ultraje de los años y conservarse *presentable*. Vienen determinadas á sufrir el masaje, la flagelación (la azotaina suena mal), el régimen seco, el asado con la compota de grosella, el baño repetido, la nauseabunda tibieza de las aguas, y todo cuanto Dios disponga, á trueque de adelgazar dos centímetros, de adquirir para el invierno una silueta hermosa y un volumen razonable, compatible con vestir á la moda y no displacer á los ojos.

¡Frivolidad: tienes nombre de mujer! — exclamará algún avinagrado filósofo ó algún partidario de la vida primitiva y natural, de las damas adornadas con delantales de conchas, sino con verdes lampazos que prestó la hojosa selva. — Alto ahí, señor displicente, y oiga lo que me han contado ahora en París (*relata refero*). Hay en Francia un hombre ilustre, que alardea de serio, positivo, práctico; hombre que ha visto la vida con ojeada, más que perspicaz, implacable. Si añado que debe su gloria á la novela..... verde y con asa, Emilio Zola. Pues bien: Emilio Zola, que se había puesto muy grueso, se propuso adelgazar; sujetóse á un régimen severísimo, y quedóse como globo desinflado. Parece que le cuelga el pellejo de la cara y de las manos y que le flota la ropa

hacia aquí y hacia allí. No lo hizo, seguramente, por coquetería: la crónica refiere que el autor de la *Joie de vivre*, atacado, como su héroe Lázaro, de un *miedo* trascendental á la de la guadaña, creyó que las personas obesas se encontraban más en peligro de muerte que los flacos, y se dedicó á enmagrecer, y lo ha conseguido. Y díganme á mí: ¿qué acusa mayor poquedad de ánimo: temer morir ó temer afearse? ¿No es más griego, no es más olímpico lo segundo? La mujer no tiembla á la puerta del otro barrio. Ha dado hijos al mundo, se ha visto mil veces á la boca del terrible camino. Sus chillidos y sústos son puramente nerviosos. Se necesita ser hombre para despertarse á las altas horas de la noche bañado en sudor frío y murmurando: „Hay que morir!“ como aseguran que le acontece á Zola.

**

Volviendo á Karlsbad, y dejando aparte los males de cada uno, y las arenillas del hígado, y otras particularidades, he de confesar que los alrededores son preciosos. El que tenga ánimos para subir á la montaña, antepondrá Karlsbad á lo más pintoresco y selvático de nuestros Pirineos. Goethe recorrió las cimas de los riscos, los abruptos senderos que conducen al Schweizerhof. La grandiosa figura del autor de *Fausto* encaja bien en aquel marco de paisaje.

Los hoteles son magníficos: el servicio “á la

carta" satisfará al paladar más exigente; las habitaciones y muebles ofrecen comodidad bastante; pero las camas.... En toda Alemania he observado la singularidad de las camas. Quien no las haya visto no se las figura. Estrechas y cortas, hasta el punto de que no comprendo cómo cabe en ellas esta corpulenta gente del Norte; con una cuña debajo de la cabeza que obliga á dormir punto menos que sentado; con sábanas que no pueden sujetarse al colchón, según son de exiguas, y que están abrochadas con ojales á la manta, las camas germánicas resisten á la marea de la civilización y la invasión de la molicie. Son un potro. Hay que entrar en ellas como la carta en el sobre. Sólo conozco otras peores, las portuguesas. Y todavía no sé cuáles se llevarían el premio de quebrantabueso. Las portuguesas me parecen más duras; en cambio, en las alemanas, listo ha de ser quien dé una vuelta sin quedarse destapado. Los *amarillos*, la gente flaca, aún se arregla; pero los *colorados*..... imposible.

CARTA XXIII

DIVERSIONES—GENTE RARA

Paris, Septiembre 28.

YA he regresado á esta liorna, y por supuesto al campo de Marte. Pensé hablar de los espectáculos en otra carta, y en ésta del

elemento exótico; después he caído en la cuenta de que son una misma cosa.

Yo confieso que estos espectáculos, extravagantes y todo, o acaso por su misma extravagancia, fueron lo que más me interesó en la inmensa feria internacional, no ciertamente por el *ludibrio*, ó juego escénico, tomado como obra de arte (se me figura ociosa la advertencia), sino por aquella comezón que hoy sentimos de conocer las fisonomías de cuantas razas pueblan el globo, de enterarnos, si es posible, de sus costumbres, de penetrar en su alma. Encontrar reunidos ochocientos seres humanos venidos de los climas remotos y de los países misteriosos; verles comer, trabajar, tañer, cantar sus canciones, danzar sus danzas, representar sus dramas y sus comedias, sin necesidad de haber pasado el charco en un trasatlántico, cruzado desiertos, sufrido picotazos de mosquitos y sustos de tormentas y *simunes*, es plato muy sabroso. Si me empeñase en sostener una paradoja defendible, diría que mejor se aprecia aquí el *color local* que viajando; viajando habrá que buscarlo y encontrarlo despararramado y acaso oculto; aquí nos lo dan preparadito, porque de propósito eligieron en cada país lo más típico y saliente para regalárnoslo. Ya sé que en el fondo no es así; mi conciencia de artista protesta, y me entra escama cuando oigo decir á algún escéptico que cuantos turcos, moros y rumanos andan por aquí son todos de *Batignolles*. Para estar en lo justo, adoptemos un término medio, y creamos en la